



POEMAS

Washington Benavides

Recuento del atorrante

En su cuartito azul
De la casona paterna;
Sentado, al borde del camastro,
Con los pies liberados de sus zapatos
Italianos (las ruinas de Palmira
De la economía familiar) mas con sus suelas
Observadas por ojos del desgaste diario,
Se le ocurrió –al tipo– compararlos
Con el ojo de Dios acechando la conciencia del asesino en sus sueños.
Borró ese paralelo.
Abandonaba la crisálida adolescente
Para volverse un adulto. Ello no significaba
En su vida ningún adelanto. Por lo contrario,
El pésimo estudiante, el ciudadano sin trabajo,
Con intentos inútiles, llevado por un primo
A trabajar, entre legajos y polillas del Registro;
A terminar jugando con una pelota de trapo
Con su jefe, en la oficina siempre oliendo
A moho y abandono.
También, como de niño en su claustro

De asmático, como en las tardes interminables
 Del liceo, o donde hubiese un espacio
 Donde poner un cuaderno, y así escribir lo que
 Saliera. Lo que quería o no quería escribir.
 Esa era su “gestión terrestre”.
 Todo lo demás, era a pura pérdida:
 La exnovia que siguió estudiando hasta recibirse,
 La mayoría de sus condiscípulos,
 Las calles que ascendieron de macadam a Pórtland;
 La Plaza 19 que ascendió de un busto del prócer
 A la estatua de pie, obra de Luis Zorrilla de San Martín.
 El atorrante se veía en las barcazas empantanadas
 Para siempre en el Riachuelo, que inventó Quinquela Martín, o en los
 cementerios de automóviles, donde viejos chevrolets o rugbys,
 Lo observaban desde las fosas de sus faroles muertos.
 William Shakespeare –creo que en Falstaff–
 Nos llamó: “aplastacolchones”, y en los tangos
 Abundamos como: “el que atrasó el reloj” o

“Llevando el bacalao de la Emulsión Scout”.

Atorrante.

(el Diccionario de la Real, muy bien nos define).
 Los dueños de la tierra o las empresas, jugando
 Pocker en el club principal, al vernos,
 Se dicen –agitando sus cabezas–: “Pobre muchacho,
 Qué desperdicio de talento...!” Rápidamente
 Volviendo sus ojos a las cartas.
 Los hermanos del yacente (los varones, trabajan
 En sus oficios) las dos mujeres se casaron
 Y viven en sus hogares, dependientes
 De sus maridos (y sus hijos).
 El estaba solo. En su cuartito azul, colgando
 Los desnudos pies del borde del camastro.
 Desde una pared, estorba una acuarela interrumpida,
 En la otra, sobre un soporte madera,
 La radio RCA, VICTOR, siempre con su ojo verde encendido, junto a
 la ventana de roídas maderas
 Obra del sol inclemente y de las lluvias.
 También está el ropero-biblioteca.
 Donde sobrevive el afiche republicano
 De “No pasarán!” con un miliciano que sale
 De la trinchera. Pasaron.

Sobre el piso de madera se afirma la banqueta que fabricó su Padre, y a la que le agregó, en su asiento,
 Una pintura constructivista que los traseros
 Iban borronando.
 Recorre la pared que da a la calle una
 Biblioteca de maderas nobles, abarrotada.
 No daría este recuento para determinar el caos
 De libros que contiene.
 Pero de alguna forma es la expresión externa
 De la mente de su dueño.
 El atorrante tiene un amigo tan atorrante como él.
 Pero con mayores dificultades. De escolar cambió
 Tres veces su apellido. Ahora ostentaba uno patricio, pero vivía con la
 adopción tiránica
 De una vieja beata y solterona.
 Solamente sobrevivían juntos, escribiendo, intercambiando opiniones
 sobre lecturas incesantes. Reuniéndose con otros camaradas en La Co-
 muna para trasegar de una damajuana, su vino tinto, y hablar –logica-
 mente– de mujeres.
 Un poeta reconocido e Inspector de Literatura
 En la Enseñanza Secundaria, solicitó en el Liceo
 Autorización para leer los textos de aquellos alumnos que gustaran de
 las letras. Una noche,
 Inolvidable., los dos atorrantes le leyeron sus poemas. El poeta inspec-
 tor, de inmediato, les solicitó
 Copias de los textos. Iba, terminantemente,
 A publicarlos en semanarios y revistas de la capital.
 Los dos atorrantes, descubren así, que existe un “Sésamo: ábrete” para
 sus ganchos o textos mecanografiados.
 Pero ¿cómo? ¿No eran dos ganapanes que se le habían escapado a Feder-
 rico Fellini en sus “Inútiles”?.
 La vida para ambos no cambió gran cosa.
 Pero como dijera Rudyard Kipling:
 “Ésa ya es otra historia”.

*(Washington Benavides. Sigue atento al atorrante.
 Octubre. 2012. Montevideo)*

Atorrante

¿Dónde perdiste? –Si perdiste alguna cosa–.
 El “Acorde perdido” que buscaba el grupo Moody Blues, atorados de
 mantras y de yantras, y de hindúes tan falsos como
 Los que elabora Hollywood, ellos, los
 Músicos se autonombraban “expedicionarios”.
 ¿Adónde buscarán –si es que todavía lo hacen– los Hayward (de voz
 mágica) los Lodge,
 Pinder, Thomas y Edge. Los imagino
 Con cascos de exploradores entre interminables bosques de bananos
 Y erótico chillar de monos, advirtiendo
 Al fin, que la búsqueda del Acorde
 Era cosa íntima tanto como lograr
 Un asunto de balance, entre la epidemia
 De rock y otras salidas, y un mundo transfigurado por sociedades de
 consumos,
 Golpes militares con la CIA de escudo,
 Asesinatos y artistas perseguidos y
 Ultimados (pensá en uno solo: John Lennon).
 El arrastre temible de recuerdos, centralizó
 En la pérdida de un grupo de rock-sinfónico,
 Y acaso en él, y en algún otro Minstrel
 In the Gallery, o Devadid Carlos Santana,
 Anotando en un vinílico (“Sueños de plata realidad dorada” 1979.USA):
 Soy libre porque no soy el cuerpo
 Soy libre porque no soy el cuerpo
 Soy libre porque soy alma de pájaro
 Que vuela en el cielo infinito
 Soy el aroma niño de un niño
 Que sueña en el
 Lamentado Supremo Rey Inmortal.
 Sri Chinmoy.

Y todavía esto:
 Música es el alma de un pájaro que vuela
 En el inmenso corazón del que escucha.
 Sri Chinmoy.
 Por suerte la guitarra de Devadip Carlos
 Santana, evadía estos rótulos y chamanes
 Y creaba su mundo, no un submundo,

Que era el habitado por narguiles y putas frescas.
Resulta que sumaste –Atorrante– a
Devadip Carlos, a tus tribulaciones
Sobre lo que deseas recuperar, si tal cosa
Pertenece al mundo de la materia.
No porque calzaras un gacho gris
Serías arrabalero. Ni por la melena
Desconsiderada serías rock-and-roll
Podrías también entrar en una galería
De caudillos montoneros.
Pero sin barbas (criollas o talmúdicas)
Apenas serías una aproximación a Dylan
o Donovan, a Paul o John. (El mismo Darnauchans, supo mostrarlas,
en una época
que podría asimilársele a un baladista
sefardí).

Pero creo –Atorrante– que fue bueno
Compararse con esos expedicionarios
Lanzados a Calcuta o el Luna Park
De Milton, o el Cambalache de Enrique
Santos o la Cacodelphia de Marechal
O la Santa María fundada por el que te dije.
El atorrante (el artista) sigue
Tras el “acorde perdido” (El ya lo dijo
En su inapresable libro “Fontefrida - 1978”)
Vos también, atorrante más joven,
La seguís buscando en este mundo
De “turbios caferatas”.–

Elogio del escriba

“Los escribas llenos de sabiduría,
Desde el tiempo que vino después
De los dioses.”

1

Destinado por su familia patricia.
Rasurado y compelido a conocer
Todo pergamino, todo ideograma, toda estatua,
Todos los dioses.
Los faraones y sus mujeres.
Los sacerdotes.
Acuclillado y cubiertas las pudendas
Con una tela blanquísima.
A veces maquilladas sus pestañas con alcohol.
Ningún adorno ceremonial.
Nada de cerveza.
Nada de jovencitas en las tabernas,
Aceitado, con guirnalda en el cuello,
Ninguna tamborilea en tu vientre.
Debes cumplir y a la par cumplirte, para que tus profecías permanezcan,
No te construirás pirámides de bronce,
Ni, para acompañarlas, estelas de latón:
No precisarás del geómetra que calcule
El resquicio de tu tumba por donde llegará
El rayo de Amón a tu cuerpo yacente.
Estarás vivo en los pergaminos que descifraste,
En los que te dictaron los dioses,
O los faraones o los sacerdotes,
Y lo que tú aportaste con limpia sabiduría.
Vendrán tiempos difíciles. Otros pueblos
Dominarán a tu pueblo y serás esclavo.
Pero tú, atente, a la mirada de alcohol
De La Dorada, de Hator, diosa del Cielo
Y del Amor.
Lo demás, deja que transcurra como
La conciencia, como el Nilo entre los juncos
Y cocodrilos.

*(Con aportes de textos del Antiguo Egipto, se revolvió W. Benavides.
Octubre 5 del 2012. Montevideo)*